
Jóvenes y radicalización violenta: la encrucijada de la prevención

Manuel Moyano Pacheco e Irene González Jiménez
Universidad de Córdoba

Un siglo después de los grandes conflictos bélicos que convulsionaron el mundo, el extremismo violento y la radicalización continúan de actualidad. Podríamos afirmar que el radicalismo no es un problema cualquiera: “es el problema” (Moyano, 2019). Una espada de Damocles que amenaza al conjunto de la Humanidad y ante la que todos deberíamos darnos por aludidos. Esta aseveración, que podría parecer exagerada, cobra sentido cuando aterrizamos sobre la realidad y la constatamos con ejemplos. Así, actualmente existen decenas de conflictos armados en el mundo, miles de víctimas provocadas por el terrorismo cada año o indicadores de odio intergrupales crecientes a lo largo y ancho del planeta que generan escenarios de inseguridad, inestabilidad y violencia. Además, este problema social

va a perdurar en los próximos años, sin previsión de tener solución sencilla ni a corto plazo (Moyano, 2019; Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019).

Desde hace décadas, analistas, científicos sociales, y profesionales tratan de comprender cómo individuos, a priori “normales”, pueden llegar a desinhibir las barreras morales que facilitan la violencia o incluso llegar a morir por una causa. Pero sobre todo, existe un interés apremiante por aportar claves aplicadas basadas en la evidencia que ayuden a afrontar y mejorar la toma de decisiones en todos los niveles. En el presente trabajo se examinará el binomio “jóvenes y radicalización”, tratando de sintetizar algunas claves de interés para la prevención de este complejo fenómeno.

Jóvenes y radicalización

Según el último informe anual de EUROPOL (2019), la mayoría de los detenidos por delitos de terrorismo en la Unión Europea durante 2018 eran jóvenes. También se alerta sobre la situación en la que viven muchos menores europeos que podrían estar siendo socializados en entornos vulnerables, expuestos a propaganda violenta y en riesgo real de captación y reclutamiento. Estos datos coinciden con análisis previos y están en la línea de otras revisiones sistemáticas que han enfatizado que la juventud es una etapa especialmente relevante en la prevención de la radicalización. Aspectos como la búsqueda de significado, la búsqueda de sensaciones, la identidad personal o el papel del grupo cobran especial importancia en esta etapa. Asimismo, existen otros factores psicobiológicas que pueden explicar, en parte, que esta etapa evolutiva sea un período de importantes cambios que los hagan más propensos a ciertos comportamientos (ver, a modo de ejem-

plo, Bélanger, 2017; Moyano, 2019a; Schumpe, Bélanger, Moyano y Nisa, 2020; Trujillo y Moyano, 2013).

Lo anterior no implica asumir una visión negativa de la juventud, ni justificar la adopción de medidas reactivas en detrimento de otras perspectivas. Más bien lo contrario. Habría que considerar a jóvenes y adolescentes como actores proactivos que pueden ser protagonistas positivos de la prevención y la resiliencia comunitaria. Esto implica percibirlos, no solo desde una perspectiva del riesgo, sino también desde la confianza y la oportunidad. Las instituciones deben desarrollar acciones proactivas hacia este colectivo con el fin de ofrecer apoyo psicosocial, oportunidades de desarrollo y formación. Sin embargo, para implementar acciones efectivas y anticipatorias, primero debemos conocer a qué nos enfrentamos. Porque, ¿a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de radicalización?

Breve caracterización de la radicalización

Aunque no existe un consenso sobre su definición, la radicalización se refiere a un proceso de cambios psicológicos (cognitivos, emocionales y comportamentales) tendentes al apoyo y sacrificio por una determinada causa. Este proceso de cambios, que puede darse a nivel individual o grupal, generalmente implica la percepción de un conflicto. Por otra parte, la radicalización no implica intrínsecamente el uso de violencia. Así, podemos encontrar muchas personas con ideas extremistas pero que lo largo de su vida no llevarán a cabo una acción violenta o terrorista (Moyano, 2019; Moyano y Trujillo, 2013).

Suele ocurrir que, cuando las personas y los grupos se radicalizan, se deterioran la comunicación y la confianza. De forma progresiva, las

partes suelen anclarse en posiciones inflexibles, se penaliza el pensamiento crítico y se consolidan estereotipos y prejuicios negativos hacia el exogrupo. Poco a poco, se va produciendo cohesión intragrupal y polarización en torno a identidades contrapuestas. En paralelo, se van construyendo discursos que deshumanizan al otro, fomentan la percepción de agravios y justifican la violencia. En su nivel más laxo, la radicalización puede dificultar la toma de decisiones, el trabajo en equipo, la cooperación o la convivencia. En casos extremos, puede derivar en conflictos intergrupales crónicos, e incluso en violencia política que puede manifestarse de diferentes formas (terrorismo, guerra, genocidio). Otros elementos a tener en cuenta para comprender la radicalización son los

siguientes (véase Bélanger et al., 2015; Moyano, 2018, 2019a, 2020; Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019):

1. **La radicalización “toma tiempo”.** El carácter procesual de la radicalización implica una dimensión temporal y gradual. Así, aunque algunas historias de vida puedan hacer pensar lo contrario, la radicalización no ocurre “de la noche a la mañana”, sino que se desarrolla progresivamente. A veces, son necesarias escasas semanas o meses para que una persona se radicalice. En otras ocasiones, pueden pasar años (Moyano, 2018, 2019a, 2020).
2. **La radicalización no es un asunto de “todo o nada”.** Unido a la dimensión temporal, también hay que enfatizar que la radicalización no es un asunto que pueda plantearse en términos absolutos. Más bien sería un continuo en el que pueden darse diferentes grados de intensidad (Moyano, 2018, 2019a, 2020).
3. **No existe un único perfil.** Aunque podría pensarse que la gran mayoría de radicales violentos son “hombres y jóvenes”, existe una heterogeneidad de perfiles. Por tanto, el establecimiento de tipologías debe realizarse con prudencia. A día de hoy, en claves prácticas y explicativas, parece más útil poner el foco en los factores psicosociales y las trayectorias vitales de las personas, que en establecer perfiles de autor (Bélanger et al., 2015; Moyano, 2018, 2019a; Moyano y Trujillo, 2013).
4. **La psicopatología no explica la radicalización.** Durante años, fue habitual vincular la radicalización violenta con diferentes trastornos de personalidad (p.ej. psicopatía).

Sin embargo, la evidencia disponible hasta el momento no apoya ese planteamiento. Es factible que la psicopatología puede contribuir en determinados casos, pero el modelo psicopatológico no permite explicar el comportamiento radical violento ni la movilización colectiva que lo legitima (Bélanger et al., 2015; 2019a; Moyano y Trujillo, 2013).

5. **No existe una única causa.** Todo apunta a que el proceso de radicalización está influido por diversos factores contribuyentes (Emmelkamp, Asscher, Wissink, y Stams, 2020; Moyano, 2019; Wolfowicz, Litmanovitz, Weisburd, y Hasisi, 2019). Esto es, no existe una única raíz causal que nos permita explicar el proceso de la radicalización violenta de una forma reduccionista. Entre los factores psicosociales que podrían favorecer la radicalización se encontrarían la opresión, la humillación, las necesidades no cubiertas, la percepción de conflicto, la injusticia percibida o la búsqueda de sensaciones. También existen otros factores que podrían proteger de la radicalización violenta y de la vulnerabilidad al reclutamiento. Entre estos factores nos encontraríamos la inclusión social, el apoyo social, las oportunidades de desarrollo, el sentido vital, la autoestima, la empatía, el pensamiento crítico, la inteligencia cultural y una educación moral anclada en valores de convivencia, tolerancia y respeto. Desde un punto de vista aplicado, es fundamental comprender mejor las relaciones funcionales de todas estas variables, con el fin de guiar prácticas (políticas, programas, estrategias comunicativas) que redunden en minimizar el extremismo violento y la radicalización en la juventud. Pero también para vertebrar una sociedad cohesionada, segura y resiliente al extremismo violento (Moyano, 2019, 2020; Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019).

Necesidades, redes y narrativa

Con el fin de ordenar los factores potencialmente contribuyentes a la radicalización y conectar los nodos, ha sido habitual que se propongan modelos teóricos. Sin embargo, en no pocas ocasiones, estas propuestas se han formulado sin evidencias empíricas que las sustenten, algo que genera aún mayor confusión en la toma de decisiones y dificulta que el conocimiento avance de forma realmente acumulativa (Moyano, 2018, 2019a; Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019). Un modelo teórico que está aportando rigor y evidencias científicas de interés es el modelo 3N (ver una revisión actualizada en Kruglanski, Bélanger, y Gunaratna, 2019; Weber y Kruglanski, 2016). Desde este modelo, se proponen tres factores principales que contribuyen a la radicalización violenta: (1) necesidades; (2) redes; y, (3) narrativa. A continuación los revisamos brevemente.

1. **Necesidades (needs).** Se han sugerido diferentes motivadores que pueden estar implicados en el proceso de radicalización. Algunos de ellos serían los incentivos económicos, la humillación, la opresión o las necesidades de afiliación, por citar solo algunos. Desde el modelo 3N se asume la existencia de un factor común en el proceso de radicalización: la búsqueda de significado personal. Esta motivación universal hace referencia a la necesidad que tienen las personas de ser importantes para uno mismo y para el grupo del que forman parte. La búsqueda de significado se activa de forma muy especial cuando existe una pérdida de significado (por ejemplo, injusticia o discriminación percibidas, humillación, opresión, emociones desagradables como la culpa, confusión o incertidumbre). De esta manera, la pérdida de significado puede contribuir a que las personas traten de conseguir o restaurar el significado personal mediante medios alternativos (por ejemplo, a través de la vinculación a grupos extremistas).
2. **Red (network).** El modelo 3N otorga gran importancia al papel de las relaciones interpersonales y el contexto social. Generalmente, el proceso de radicalización se da en el seno de un grupo, de forma real o percibida. Este marco de referencia grupal es útil para cubrir ciertas necesidades de afiliación, transmitir la narrativa extremista, y validar la ideología (debido al consenso intragrupal). Asimismo, el grupo suele indicar a los miembros que lo conforman cuáles son los medios significativos a través de los cuales obtener significado personal. O en otras palabras, la red sugiere qué es digno, importante y honorable para ser considerado un miembro destacado del grupo. También cabe destacar que, en los procesos de reclutamiento y adoctrinamiento inducidos puede producirse abuso y manipulación psicológica similar a la que se da en entornos sectarios (Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019).
3. **Narrativa (narrative).** La narrativa es útil porque conforma el armazón ideológico, socialmente compartido, mediante el que las personas establecen lo que se considera valioso. De esta forma, se establecen marcos informativos que proporcionan seguridad, confianza y facilitan la comprensión de la realidad. Generalmente, las ideologías de carácter extremista ofrecen una visión maniquea y polarizada de la realidad, fomentando la percepción de agravios y la victimización. Todo lo anterior, facilita la legitimación de la violencia por una causa percibida como noble e importante en la que “el fin justifica los medios”.

El modelo 3N postula que estos factores contribuyen a la radicalización de forma dinámica e interactiva. Lo que hemos tratado de sintetizar en apenas unas líneas, conforma una teoría más compleja que tiene sus conexiones con la tradición psicosocial y con aproximaciones biológicas y evolucionistas. Así, además de los tres factores

expuestos, el modelo no elude la interrelación con otras variables moduladoras del proceso de radicalización, entre las que podríamos citar la alienación social, la búsqueda de sensaciones, la pasión (armónica y obsesiva), el cierre cognitivo, la inteligencia cultural, los valores sagrados, la desconexión moral o el autosacrificio, por citar

solo algunas. Además, en la última década se han desarrollado investigaciones empíricas que han tratado de poner a prueba hipótesis derivadas del modelo en diferentes escenarios del mundo y con grupos ideológicos diversos (Kruglanski, Bélanger, y Gunaratna, 2019; Moyano, 2019a; Webber et al., 2018; Webber y Kruglanski, 2016).

¿Cómo “empujar” en dirección contraria?

Como hemos revisado, la pérdida de significado personal es una vulnerabilidad que puede ser explotada por manipuladores y reclutadores con el fin de legitimar la violencia política y favorecer la adhesión de jóvenes en riesgo. Asimismo, también es previsible que ciertas situaciones y contextos que favorezcan la pérdida de significado (entornos urbanos guetificados o delincuenciales, centros de reforma juvenil, prisiones, zonas de conflicto, migraciones) puedan constituirse contextos favorables a la radicalización. Desde un punto de vista aplicado existen algunas implicaciones derivadas del modelo 3N que podrían ser útiles para los profesionales de primera línea que intervienen en los diversos escenarios de la realidad social. Kruglanski et al. (2018) sugieren las siguientes recomendaciones dirigidas a la prevención y la intervención psicosocial con jóvenes en situación de riesgo:

- 1. Restaurar el equilibrio motivacional.** Es fundamental ofrecer alternativas a la violencia con el fin de que menores y jóvenes en situación de vulnerabilidad puedan obtener (o restaurar) su significado personal. Para ello, habrá que atender aspectos como la formación, el empleo, el ocio y las oportunidades de vida.
- 2. Favorecer la desilusión ideológica.** Esto supone abordar los aspectos comunicativos y ofrecer narrativas convincentes que deslegitiman la violencia.

- 3. Ofrecer redes alternativas.** Como hemos expuesto previamente, el aspecto social es fundamental en los procesos de radicalización. Por ello, un elemento preventivo crucial será disponer de una red de apoyo y modelos sociales que fomenten relaciones positivas e inclusivas.

Hay que subrayar que no hay recetas mágicas para la prevención de la radicalización. Sin embargo, cualquier acción que “empuje” en dirección contraria a las dinámicas psicosociales que promueven la radicalización de individuos vulnerables será un elemento protector (Bélanger et al., 2015; Moyano, 2019a; 2019b, 2020).

Desde nuestro punto de vista, es fundamental que aquellas personas (profesionales, familia) que estén en primera línea y/o conviviendo con jóvenes sean capaces de: (1) detectar indicadores de riesgo; (2) identificar posibles razones que pudieron estar en el origen de posibles procesos de radicalización (p.ej. pérdida de significado); (3) fomentar la comunicación y trabajar por mantener los vínculos; (4) ofrecer apoyo psicosocial. Desde un punto de vista comunicativo es fundamental elegir bien los modelos que transmiten el mensaje a difundir, evitar la reactancia psicológica y ofrecer valores que generen disonancia. La intervención en este ámbito es sensible, compleja y dependiente de claves culturales. Por ello, los adultos de referencia no siempre van a sentirse capacitados para abordar determinadas situaciones. Sugerimos,

pues, dos últimas recomendaciones: la necesidad del trabajo en equipos multidisciplinares y la petición de ayuda y/o asesoramiento especializado cuando las situaciones no puedan abordarse con los recursos disponibles (Bélanger et al., 2015; Moyano, 2019a; 2019b, 2020).

Decía Séneca que “no hay viento favorable para quien no sabe adónde va”. En ese sentido, las acciones preventivas a implementar en los diferentes niveles de intervención no se deberían ejecutar de una forma caótica o improvisada. De hecho, deberían planificarse y diseñarse cuidadosamente, y en base a las evidencias científicas disponibles (Moyano, 2019a, 2019b; Moyano y Trujillo, 2013; Trujillo y Moyano, 2019). En los últimos años se están desarrollando diferentes iniciativas que doten a los profesionales e instituciones de recursos y herramientas que mejoren la intervención. Cabe destacar algunas iniciativas globales impulsadas por instituciones como Naciones Unidas, Hedayah o Radicalisation Awareness Network. También se han desarrollado acciones en el marco de los planes de prevención nacional de diferentes países de nuestro entorno y desde el ámbito local. En España, el Plan Estratégico Nacional de Lucha contra la Radicalización Violenta (PEN-LCRV), aprobado en 2015, debería

convertirse en un pilar fundamental en materia de prevención. Este marco asume un enfoque antiterrorista que trata de incidir, mediante acciones preventivas, en los factores contribuyentes a la radicalización.

Como hemos argumentado, la obtención de significado personal será un elemento preventivo de la radicalización violenta. Actualmente, nuestro equipo está desarrollando diferentes proyectos con el fin de explorar vías alternativas para aportar dicho significado personal en comunidades y grupos en riesgo (captación sectaria, vinculación al crimen organizado o reclutamiento terrorista). Un medio para ofrecer dicho significado personal puede ser a través del deporte, algo que puede incidir, a su vez, en la inclusión social, los hábitos de vida saludable y la autoeficacia. Desde esa premisa, y a modo de ejemplo, en Cataluña estamos desarrollando el proyecto SPEY (*Sport for Prevention of Extremism in Youth*), liderado por la Unió de Federacions Esportives de Catalunya y financiado por la Comisión Europea. Esta iniciativa combina la práctica del deporte con otro tipo de formación en recursos personales para minimizar los factores que intervienen en el proceso de radicalización juvenil (puede consultarse en <https://ufec.cat/spey/the-project/>).

Coda

El terrorismo y la violencia política son el pico de la pirámide de un problema más amplio que requiere anticipación. Por ello, las instituciones deberían priorizar el abordaje de la detección y la intervención temprana en los procesos de radicalización. A lo largo de este trabajo hemos enfatizado la necesidad de considerar a los jóvenes como un colectivo diana prioritario. La obtención de sentido vital, el fomento de narrativas convincentes y el refuerzo de la red social serán elementos prioritarios desde un punto de vista preventivo. Para ello, es ne-

cesario ofrecer apoyo, orientación y formación, especialmente a aquellos individuos y/o grupos vulnerables. De alguna manera, una sociedad que no ofrezca guía, valores y oportunidades, puede facilitar que ciertos agentes de riesgo cubran las necesidades vitales (p.ej., significado personal) de los jóvenes en desequilibrio. Debemos estar ahí. Aquel espacio de influencia (online y offline) en el que no estén presentes de forma proactiva el sistema, las instituciones y/o los adultos de referencia, será un caladero a merced del mejor postor.